

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Presentación

Libro “Jesús de Nazaret” de Benedicto XVI

26 de abril de 2011

El cardenal Joseph Ratzinger había soñado, como culminación de su dilatada vida teológica y ministerial, escribir un libro sobre Jesús de Nazaret, que proyectaba teniendo como referente *El Señor* de Romano Guardini, fallecido en 1968, al cual había escuchado en la Universidad de Múnich. La primera edición de la famosa obra apareció en castellano en 1954. Conocemos esta intención de Ratzinger por una carta dirigida a un amigo suyo español dos meses antes de fallecer Juan Pablo II. Los acontecimientos que tuvieron lugar en abril de 2005, a saber, la muerte del Papa y la elección del cardenal Joseph Ratzinger como Benedicto XVI, alteraron sus proyectos también en relación con el libro sobre Jesús. Pero hemos podido constatar después que la intención, seguramente con otras dimensiones y formas teniendo en cuenta sus mil trabajos e intensísima dedicación, fue mantenida, y ya podemos beneficiarnos de los dos primeros tomos de la obra. Agradecemos al Papa la culminación de este proyecto durante largo tiempo acariciado y que ya casi ha ultimado; solo faltaría un “cuadernillo”, ha dicho él, sobre la infancia y suponemos sobre los orígenes de Jesús. Por aquí empezó Guardini con un capítulo titulado “Los preludios”.

Ya hemos recibido dos partes de la obra: *Jesús de Nazaret. Desde el bautismo hasta la transfiguración;* y *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*. Sabemos que está trabajando en la tercera parte, que esperamos y agradecemos de antemano. *Jesús de Nazaret*, junto con la *Introducción al cristianismo*, que inicialmente fue una serie de conferencias abiertas en la Universidad de Tubinga, son escritos en los que de alguna forma condensa y expresa sus convicciones teológicas maduras

santas, el Hijo de Dios encarnado, el Siervo de Dios que cargó con los pecados del mundo, el Redentor de la humanidad, el Señor resucitado que está presente en su Iglesia y que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. En todos los capítulos del libro se unen la fe y la razón, que son como las dos alas para llegar a la Verdad; la investigación histórica con lo que puede alcanzar, que no es poco, pero que nunca puede eliminar la profesión de la fe de la Iglesia. El respeto de la Iglesia a la investigación histórica, sin ceder a pretensiones excesivas que a veces reivindica en orden a conocer la verdad, se comprende fácilmente. Como la fe cristiana se condensa en la fe en Jesucristo crucificado en tiempos de Poncio Pilato, que es un personaje de la historia, si lo esencial no tuviera fundamento sólido en la historia, la misma fe cristiana sería cuestionada y confinada a lo mítico. Pero no es suficiente para la confesión de la Iglesia decantar por la investigación histórica lo que Jesús dijo e hizo, lo que Jesús pretendió y reivindicó, cómo Jesús afrontó su muerte, cómo a los pocos días de morir crucificado fue anunciada su resurrección. La fe de la Iglesia confiesa a Jesús, que presentó los rasgos que en lo fundamental podemos reconstruir fehacientemente, pero que habiendo sido crucificado está vivo para siempre, con quien podemos encontrarnos hoy, a quien invocamos en la liturgia, a quien amamos y servimos, al que esperamos para consumir la comunión con Él en su gloria. El Jesús verdadero aparece en los Evangelios, que fueron escritos por discípulos suyos, que convivieron con Él y fueron testigos de la resurrección. La historia y la fe se unen íntimamente en ellos; el conocimiento de la historia y el encuentro con Jesús resucitado hacen de ellos testigos veraces y autorizados.

Como enseñó Benedicto XVI en la intervención importante pronunciada en el aula sinodal, en la Asamblea sobre "La Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia", que en unos u otros términos recoge la Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, deben ser integradas la hermenéutica de la fe y la hermenéutica de la historia (p. 7). Ratzinger confía en haber dado un paso importante con su libro en la integración de ambas hermenéuticas. Por esa línea discurre uno de los elementos de ejemplaridad que hallamos en *Jesús de Nazaret*. Cita en el prólogo, como ha citado reiteradas veces en los últimos años, el capítulo 12 de la Constitución conciliar *Dei Verbum* sobre la divina revelación, en cuya preparación había participado siendo joven teólogo. En su opinión, los principios hermenéuticos recogidos en ese número han sido poco reflexionados en el periodo posconciliar. El texto del Concilio dice así: «*La Escritura se ha*

entre escritos o autores. Las reglas de interpretación de la Escritura señaladas por el Concilio Vaticano II en *Dei Verbum*, 12 son una guía segura para la lectura eclesial de la misma.

Jesús de Nazaret es un libro de Teología, lo que en algunos momentos se hace notar claramente. Discute, por ejemplo, acerca de la fecha de la Última Cena y muestra lo que implica la opción tomada por él (pp. 129 ss.); clarifica, a propósito de la oración de Jesús en Getsemaní, la relación entre la voluntad de Jesús el Hijo y la de su Padre Dios, recordando controversias cristológicas de los primeros siglos (cf. pp. 186 ss.); cita a autores, unas veces para distanciarse de ellos dando las razones de esa postura, y otras para adherirse a sus conclusiones después de haberlas considerado teológicamente. Por ser un libro de altura teológica, requiere una lectura atenta y a veces conocimientos teológicos previos. Es conveniente que, si un grupo convierte el libro en contenido de sus reuniones, haya alguien que pueda hacer las debidas introducciones y la clarificación de algunos presupuestos o del contenido de ciertos párrafos. Es un libro escrito por un teólogo de oficio, que no ha rebajado las exigencias de su discurso para hacerlo accesible a toda persona de cualquier nivel cultural.

Es un libro que ayuda a clarificar posturas teológicas aquejadas de cierta confusión ambiente, a profundizar en la confesión de la fe cristiana recobrando serenidad y confianza, a vivir espiritualmente con vigor teológico y no simplemente piadoso; nos ofrece meditaciones teológico-espirituales sobre el amor, la verdad, la oración, la vigilancia, la cruz, la serenidad, el gozo en el Señor, el sacrificio litúrgico cristiano, la solidaridad en el sufrimiento y en la muerte, etc. La lectura nos ayuda a situarnos en el contexto actual de la fe y de la misión de la Iglesia; nos invita a anunciar el Evangelio con adultez, seriedad, capacidad de interpelación y atención a las exigencias razonables del hombre que piensa, busca, vacila y reconoce la verdad. Las opiniones elogiosas de teólogos no solo católicos, y de personas del mundo de la cultura y con responsabilidades sociales y éticas, muestran lo acertado del escrito y del estilo del autor. ¿Cómo no recordar ahora las reflexiones que hace al tratar el proceso de Jesús ante el procurador de Roma Poncio Pilato sobre la verdad en relación con la doctrina y la praxis de los Estados? (cf. pp. 223 ss.): son páginas de antología. De vez en cuando sugiere perspectivas muy interesantes de orden personal, social o universal al considerar acontecimientos o textos contenidos en los Evangelios. Son muy bellas, por ejemplo, las páginas dedicadas a la ascensión del Señor, que son las

relevancia, que para nosotros se traduce en un servicio particularmente valioso. Nos alegramos de que pueda cumplir su ministerio eclesial también con el don de la Teología.